

**“SERPIENTE DE ARENISCA Y FUEGO”: LA SIMBOLOGÍA DEL SOL EN LA
POESÍA DE SEGUNDO CANCINO**

**“SANDSTONE AND FIRE SERPENT”: THE SYMBOLOGY OF THE SUN IN THE
POETRY OF SEGUNDO CANCINO**

Carlos Capellino Fuentes
Universidad San Ignacio de Loyola
carlos.capellino@usil.pe
<https://orcid.org/0000-0003-2543-1555>
DOI: <https://doi.org/10.36286/mrlad.v3i6.97>

Fecha de recepción: 31.03.21 | Fecha de aceptación: 27.05.21

RESUMEN

En la poesía de Segundo Cancino, el sol es una referencia que ha adquirido una rica y variada significación que requiere una lectura detenida capaz de identificar sus formas de simbolización. Este artículo se propone esa tarea al sistematizar aquellas formas en cuatro grandes simbolizaciones: el sol como utopía, la sequía como señal de fin de los tiempos, la precariedad de la naturaleza humana y la relación entre el sol y el sentido del tiempo. Se trata de simbolizaciones por las que se exploran los motivos más representativos de la poesía de este autor: la crisis de la modernidad, el tiempo consumado del hombre y la deshumanización irreversible.

PALABRAS CLAVE: Segundo Cancino, sol, utopía, sequía, precariedad humana, tiempo.

ABSTRACT

In the poetry of Segundo Cancino, the sun is a reference that has acquired a rich and varied meaning that requires careful reading capable of identifying its forms of symbolization. This article sets out to do this by systematizing those forms into four major symbolizations: the sun as a utopia, drought as a sign of the end of time, the precariousness of human nature and the relationship between the sun and the sense of time. These are symbolizations by which the most representative motifs of this author's poetry are explored: the crisis of modernity, the consummate time of man and irreversible dehumanization.

KEYWORDS: Segundo Cancino, sun, utopia, drought, human precariousness, time.

La obra de Segundo Cancino Morales (Tacna, 1948) es una de las expresiones poéticas tacneñas más singulares en medio de una tradición que tiene entre sus figuras a Federico Barreto, Juan Gonzalo Rose y Guido Fernández de Córdova. Pero además ha logrado posicionarse en la tradición poética peruana del siglo XX, porque ha sabido cultivar una escritura que explora aguda y desgarradoramente la crisis de la naturaleza humana en el contexto de la modernidad. Hay, en tal sentido, un carácter ético importante en esta poesía, aunque este carácter no solo se reduce a una denuncia de la deshumanización del hombre, sino, más bien, se proyecta como una fuerza que interpela de una manera muy activa a su lector.

La crítica sobre la poesía de Cancino ha destacado constantemente la existencia de un registro poético que se caracteriza por ser entrecortado, experimental y sostenido por un espíritu tenaz y, a la vez, angustiado, “víctima inerme de un mundo cruel y absurdo” (Delgado, 1979, p. 7). Precisamente para Wáshington Delgado, la angustia es la sensación clave, substancia y raíz profunda de la creación poética de Cancino. Habría que agregar, con Delgado, que la lectura de su poesía nos deja una sensación escindida entre un tono deshumanizante y un discurso entrecortado, como si se tratara de un discurso que sucumbe ante su propio dolor, como “una sucesión de estupendos fracasos” y “atormentados versos como un incendio desatado e imprevisible” (1979, p. 8). Para Cancino, en suma, “la poesía no se sobrepone ni se aparta del mundo circundante, se instala angustiosamente en su propio centro” (1979, p. 10).

La crítica también coincide en atribuirle la caracterización de un discurso poético complejo y desconcertante que apuesta siempre por la experimentación en cuanto a sus formas y a la apropiación de múltiples referencias. Asimismo, se aprecia un tono angustiante, de desasosiego y desamparo, y el posicionamiento profundamente autorreflexivo de un yo que se identifica a partir de circunstancias marginales desde donde construye una visión crítica sobre una sociedad deshumanizada, materialista, violenta e individualista, reducida a una profunda crisis existencial (Kutipa, 2012; Chambilla, 2006). A todo esto, se podría agregar el hecho de que estamos frente a una poesía con cierto hermetismo acaso marcado por otro sentido: el de la universalidad de las referencias que recargan su registro y lo vuelve cultista y de una densa intertextualidad (Gómez, 1985).

Cabe precisar, además, que desde *Cacerías del viento* Cancino explora un lenguaje que va desprendiéndose del tono solemne, profundo, de las entregas anteriores, para afianzar más un registro aligerado, descargado, cercano a la coloquialidad, más compenetrado con la versificación libre y con disposición un tanto más experimental-visual de los versos, los mismos que se agrupan en composiciones poéticas que por lo general son breves.

En esta ocasión ofreceremos una lectura particularmente direccionada sobre estas caracterizaciones, pues nos centraremos en la simbología del sol como una de las referencias que han ganado una notable singularidad en la poesía de Cancino y que, sin duda, permiten apreciar con mayor agudeza y sentido crítico los motivos representativos descritos anteriormente. Para dar mayor consistencia a nuestra lectura, propondremos cuatro modalidades de aquella simbología, las mismas que nos permitirán analizar un conjunto de poemas de diversos libros: en primer lugar, la figuración del sol como una utopía o una realidad imposible para el hombre; luego, el sol toma la forma de la sequía que a su vez se erige en la señal de fin de los tiempos de la humanidad; una tercera modalidad simbólica permite identificar cómo el sol está asociado con un contexto marcado por la precariedad humana; y una cuarta modalidad pone de relieve la relación entre el sol y el sentido del tiempo. Para ejemplificar cada una de ellas, nos centraremos en tres poemarios: *Cacerías del viento* (1977), *Alto del Sol* (2002) y *Cantos de Sileno y Botetano* (2008).

Una primera gran imagen que nos ofrece Cancino sobre el sol y su incidencia en la realidad deshumanizada que recrea tiene que ver con lo utópico. El sol se alza como la figuración de una humanidad utópica que resulta para el poeta imposible de alcanzar. En el tercer poemario del autor, *Cacerías del viento*, encontramos un poema en el cual el yo poético proyecta su práctica creativa como una que está marcada por las sensaciones del hartazgo y la frustración, como si el entorno moderno del poeta —“cables”, “latas”, “relojes”— echara por tierra sus expectativas de creación. El ejercicio poético se convierte, entonces, en la reafirmación amarga de algo común, trajinado, superado y distante de una expresión genuina y portadora de algún sentido esperanzador sobre lo humano:

Esta lengua,

Atiborrada

De cables latas
Y relojes,
Parte a ver si sobra
Un poco de sol,
 Una sílaba
Curtida
Con abedules:
 Tropieza
Con las cacerías del viento.
(Cancino, 1977, p. 6).

La palabra trazada o el canto del poeta no solo se han atiborrado de algo que no les pertenece porque ya no es humano, sino que, peor aún, se han aligerado ante los ojos del mundo hasta caer en la invisibilidad más intrascendente. Es clave en el poema la figuración residual que adopta el sol —“parte a ver si sobra / un poco de sol”—, lo que enfatiza el acto desesperado del poeta y su lucha contra el tiempo, un tiempo que se consume y le deja nada más que una hoja vacía, un poema inconcluso, un borrador o una tachadura inservible. La complicidad entre el sol y el paso inclemente del tiempo —estratégicamente planteado por un animismo que hace del viento una fiera en busca de la presa humana— dejan al poeta fuera del ritmo de la vida, un paso después, sin posibilidad de sintonizarse con un escenario que restaure su humanidad perdida.

Y es la naturaleza, muchas veces, la mensajera de ese destiempo en el que el humano se advierte casi extinto, sin la fuerza y la integridad de saberse una especie suprema. El hombre se ha consumado en sus propias paradojas hasta entramparse como un ser incapaz de construir un mensaje para sí mismo o para otro semejante; mientras que esa mudez humana es atravesada por un escenario natural que le devuelve toda la violencia cometida hacia ella mediante una serie de presagios que el yo poético aprende a descifrar con dolor. Esto se corrobora en otro texto de *Cacerías del viento* titulado “hay demasiada tos y sequía”, donde surge una segunda simbolización importante sobre el sol, esta vez asociada

metonímicamente con el fenómeno de la sequía, que para Cancino anuncia el fin de los tiempos:

Pero aún mis dedos se empinan:

Sobre esta hoja de papel,

Recuerdan cómo,

Alimentados por el aire,

Soñaban los pájaros

Que en mi mesa

Florecían las estrellas.

Hay demasiada tos y sequía

Y sólo falta el estampido

Final de los pájaros.

Si esto sucede

No abras la ventana

Con mucho lirismo:

Simplemente

Es otro tiempo.

(Cancino, 1977, p. 21).

En el poema, hay claramente dos momentos diferenciados: en la primera mitad el acto creativo se instala en el pasado donde la liberación de la imaginación aún era posible. De nuevo aparece una figuración animista —los dedos recordando, los pájaros soñando, el florecimiento de la mesa— para graficar el potencial creativo del poeta en ese tiempo que era humano y, por extensión, fértil, enriquecido, bullente, cargado de vitalidad; no obstante, el poema cierra con un segundo momento que da forma a la lógica metonímica de causa y efecto para que la sequía, en tanto el desenlace de un sol totalizador y fulminante, condene al poeta a la inexpresividad absoluta, a la sensación de una vacuidad profunda. La sequía trae consigo un tiempo que extingue al hombre y a todo atisbo de vida a su alrededor, un tiempo apocalíptico que tiene en el “estampido final de los pájaros” la imagen exacta. Es por lo menos curiosa la manera en que el poeta se dirige a su interlocutor, advirtiéndole de un nuevo tiempo que ha consumido cualquier realidad esperanzadora de humanidad y, por

ello, le advierte de guardar para sí sus gestos llenos de “lirismo”, como si estos ya nada pudiesen decir sobre la naturaleza humana.

La figuración del sol en términos de la sequedad tiene otra aparición en el octavo poema del conjunto *Alto de Sol*:

¡Sequedad! ¡Sequedad ¡Quemante sequedad!

Solamente aquellos armados de razones y paja seca
Toman posesión de recovas y de sombreros
[...]
—Míralos solean sus restos y fraguan otro pesado cuerpo
Y tu mediavoz dentro del río
Cargado de húmeda sombra ensaya un destino
Alucinado por la soledad

Parecen más viejos y disminuidos
Son aquellos —míralos
Tropiezan con tu corazón y mis calcetines
—van devorándose en la Pampa de los Olvidos
(Cancino, 2002, p. 20).

En esta ocasión el yo poético también escoge el tono dialógico para dirigirse a un interlocutor acerca del escenario que los rodea: una realidad donde la sequía tortura a los cuerpos, les deja poca chance para esconderse, los violenta a partir de una sensación abrasadora —la “quemante sequedad”—, una violencia que incluso los lleva hasta el delirio o la alucinación. Esta última referencia es, por cierto, muy interesante, toda vez que sugiere un sol con el poder de desnaturalizar el rasgo máspreciado del hombre moderno, a saber, la razón. De este modo, se desprende de lo anterior que el sol es, para Cancino, una imagen determinante en su intento de describir un razonamiento humano colapsado, llevado hacia los límites donde pierde toda esencia o equilibrio, lo que en consecuencia nos acerca a la versión más instintiva y animalesca de esos mismos hombres, dado que los vemos

refugiándose en escondites con sombras o en los ríos, soleando sus restos, con cuerpos disminuidos y en franca autodestrucción canibalesca. Y todo esto en medio —aunque suene paradójico decirlo— de un insoslayable sentimiento de soledad o abandono. Los humanos de Cancino exponen ante el sol —ante la máxima expresión de la naturaleza— su soledad inducida, su involución.

Al trastorno de la alucinación o pérdida de la razón se suman otros, como el desvelo, que se erige en la poesía de Cancino como la señal de la rendición del hombre ante la omnipotencia del sol. Esto se deja apreciar, por ejemplo, en el poema “Estricto y claro” de *Alto de Sol*:

Sol de todos los días
En las tiznadas mareas y en el fondo quebrado de tu boca

Resbala por desolladeros y mercados
Oponiendo su bullicio silencioso al desnudo
Y despreocupado vértigo de la muerte

Enfrenta al mar
Su baile de arena y eclipsado cántaro desbarata
Los pilotes sudorosos del horizonte
Y fermenta el desvelo y los secos vientos

Desde siempre
Y enloquecido en pleno verano
Lo vemos caer como desmesurado diluvio
(Cancino, 2002, p. 13).

Nada escapa del sol: ni la exterioridad del yo poético —desde los “desolladeros y mercados”, pasando por los “secos vientos” y las “tiznadas mareas”, hasta los “pilotes sudorosos del horizonte” —ni su interioridad— “en el fondo quebrado de tu boca”. Esta omnipotencia del sol que desata un ciclo monótono y abrumador adquiere ciertas

figuraciones que llaman la atención, sobre todo, por la combinatoria de referencias sensoriales que el autor pone en juego: por un lado, aparece un tratamiento sinestésico del sol al manifestarse como un “bullicio silencioso”, y, por otro lado, el padecimiento de la piel ante la sensación calurosa-apocalíptica que dejan imágenes como “los pilotos sudorosos del horizonte” y “desmesurado diluvio”. Asimismo, cabe destacar la hiperbolización de la fuerza omnipotente de un sol que lo derrite todo en imágenes como “tiznadas mareas”, el diluvio desmesurado, la “fermentación” del sujeto desvelado y el “enloquecimiento” del astro. Nada, en suma, queda en pie tras el imperio del sol, y menos aún la condición humana que ante él muestra su precariedad.

La precariedad se erige, entonces, en una tercera simbolización que toma forma en esta poesía a partir de un recurso que Cancino sabe explotar muy bien y que tiene que ver con una metaforización de lo vertical: el sol, en ese sentido, emerge en el punto más alto y desde ahí escinde a los hombres, los fulmina y los reduce, los aplasta hasta la condición más ínfima, tal y como se aprecia en el cuarto poema de la segunda parte del mismo conjunto:

Aquí a la una y después de la una
Nadie sabe cómo humedecer
La osamenta amarilla desmoronada por la espera
Y entonces preguntamos ¿qué queda?
[...]
Aquí a la una y después de la una
Nadie pregunta qué altura tiene el cielo
Qué hondura el infierno

Nadie sabe cómo humedecer
Una palabra que arda y se apague en el purgatorio
(Cancino, 2002, pp. 40-41).

La precisión horaria es clave en ambos fragmentos, porque nos instala en el clímax de un mediodía que resulta a todas luces opresor, hostil y desintegrador. El sol brilla con toda su intensidad para exhibir la desintegración humana o, dicho de otra manera, la condición

residual del hombre (“osamenta amarilla desmoronada”). La sequedad reinante del sol otra vez aparece, como ocurrió en los poemas anteriores, para desdibujar la racionalidad del hombre, para desconectarlo o desprenderlo de la realidad, para obnubilarlo o enceguecerlo y, peor aún, para enmudecerlo. El tono interrogativo de los fragmentos revela, en efecto, el desconcierto del yo poético ante una fuerza brillante e infernal que lo somete y lo reduce a la expresión más degradada de la supervivencia. El sol, además, es trazado en el poema desde un mediodía que remarca el sometimiento en un tiempo presente y anula toda posibilidad de futuro para la humanidad.

El mediodía es motivo de otras recreaciones donde surgen otros elementos que remarcan la sensación de vacuidad, como es el caso del tercer poema de *Alto de Sol*:

Antes silencio después silencio dentro del silencio
Inmenso vacío mediodía
Deslizándose como interminable flujo de arena

Incansable arrugado tan seguro de sí mismo
Sigue entre espejismo y espejismo

Al mediodía no hay ecos que lo detengan
Puro sol —más ojeras— más hostil acaba de alumbrar
Evocativo el lejano
Huidizo proto verde negro acantilado

(Cancino, 2002, p. 15).

El silencio es el lenguaje del sol abrasador. Un lenguaje que viene a expresar la inconmensurabilidad de la sensación del vacío en el que yace sumergido el hombre, lo que de por sí se constituye en otro gesto de hiperbolización. Por otro lado, es más que sugerente el empleo de la metaforización espacial-temporal en torno al silencio —“Antes silencio después silencio dentro del silencio”—, lo que termina por remarcar su adherencia o su esencialidad para la naturaleza humana, una esencialidad que se acerca más a un estigma o a una señal de su extinción. A esto hay que agregar el elemento arena, el mismo que desata

la conjugación entre el escenario desértico, la sequedad, el mismo silencio, la soledad, el delirio y el desvelo; todas estas referencias insustituibles en la poética de la deshumanización de Cancino.

En el segundo poema de *Alto del Sol*, la precariedad, la decadencia y la ruindad deshumanizante alcanzan su máxima expresión desde la luminosidad desgarrante del sol:

En plena avenida con su color a tabaco y monólogo vacío
Es serpiente de arenisca y fuego

Devora los espectros moribundos
De aquellos anónimos borrachos y la certidumbre y los secretos
Convertidos en aguja fría después de la garúa

Sin mala fe mordiéndose la cola
Comprueba que puede enloquecer enjaulado en el abdomen
Desolado y frágil de los grillos y en la dentadura
Cubierta de polvo y arena oxidada
(Cancino, 2002, p. 14).

El yo poético, como vemos, despliega una descripción sobre los efectos del sol en los habitantes de esa realidad desencantada, y al mismo tiempo construye una imagen muy cercana de lo que el mismo astro representa. Para la primera descripción, Cancino vuelve a explorar una serie de referencias sensoriales que dan cuenta de lo visual —“color a tabaco”—, lo sonoro —“monólogo vacío”— y lo táctil —agua fría—; y en cuanto a la segunda descripción, resulta significativo que se insista en referencias como la arena —“serpiente de arenisca y fuego”— para asociar lo desértico y lo degradante-apocalíptico en una misma recreación de lo solar. Otro acierto del poema de Cancino es el de contrastar dos tipos de delirio o de locura: la de los hombres que pierden la razón tras verse sometidos por el sol, y la del mismo sol, en tanto un astro desquiciado y violento —“mordiéndose la cola”— que calcina cualquier atisbo de esperanza humana.

Una cuarta simbolización nos entrega una relación compleja entre el sol y el sentido del tiempo. En los poemas de Cancino la aparición del sol trae consigo generalmente un detenimiento o una quietud forzada, como si el tiempo se suspendiera, de modo que los personajes de los mundos poéticos del autor yacen inmersos en una suerte de intemporalidad que los lleva, a su vez, a cerciorarse de la ruindad que los rodea y a inducirse las más descarnadas introspecciones. Esto es evidente, por ejemplo, en el cuarto poema de *Alto de sol*:

El sol camina a las lomas
Como un perro con el hocico pegado al desierto

A todo lo largo y ancho
El silencio rodeado de espectros filosos

Una inmensa ola de arena
Avanza retrocede da órdenes contra el cielo que reposa

[...]

—Cada quien como aludido por el monólogo
[de una vida anterior

Trata de calafatear donde anidan los enigmas
Su demencia o su vientre

A solas y con los minutos desnudos
Frotando calles y escondrijos
Vaporizase en los resabios desenjaulados
Que los años dejan

El sol como un perro
Efectúa un par de cabriolas sobre las lomas
Lentamente divaga enardecido aúlla sin la venenosa historia

—resguardado de la locura preserva las siemprevivas

En la llanura el sol parece estancado

(Cancino, 2002, p. 16).

El poema, como ya ha ocurrido en otros textos que hemos comentado del autor, se apoya en algunas referencias vinculadas al paisaje desértico para graficar con mayor crudeza la intemporalidad que mantiene en cautiverio a los hombres. Esta intemporalidad también es sinónimo de la omnipotencia del astro, pues este habita en cada espacio y en todo momento, por lo que la supervivencia del hombre es impensable fuera de sus dominios. Una imagen concreta en la que se conjuga los sentidos de la intemporalidad y la omnipotencia es la vaporización del sol, como si su esencia se esparciera en todos los rincones y revelara que no hay materialidad viva posible que resista la consumación propia de los últimos tiempos.

Y, como en otras ocasiones, también se deja notar una estrategia animista que reviste al sol y lo transforma en una bestia errante y presa de la locura. Un sol que olfatea alucinado, agonizante y perdido en medio del desierto es la imagen que resumen siglos de deshumanización. Esa locura se prolifera y son los tocados por el sol los que parecen entrar en un delirio que los conecta con las versiones insospechadas que yacen en sus interiores, un delirio que, en otro momento, el poeta ha definido como una “amarga fortuna” (2002, 38).

Un ejemplo más donde se conjugan la intemporalidad y la omnipotencia del sol se advierte en el poema “Sucede Sileno” de *Cantos de Sileno y Botetano* (2008):

El Sol. Solo el duro sol.

El iracundo sol

Brinca todos los muros

Y las espinas de las buganvillas.

Camina insistente hacia nosotros.

Es testigo furioso

Que aquí el estridor de los tambores

No fue capaz de reventar

Los oídos secretos de los viñedos.

(Cancino, 2008, p. 39).

El sol, en este texto, invade todos los rincones como pasaba en los poemas anteriores, pero hay un énfasis particular respecto a la persecución que hace a los hombres: sigue cada uno de sus pasos como un ente enardecido y despiadado que arrasa con la vulnerabilidad del yo poético. El sol, por todo lo dicho, se erige en un ente que desde su altura ingobernable y la violencia de su luminosidad transparenta la realidad empobrecida de la humanidad.

La intemporalidad que se desprende del sol es explorada por Cancino hasta el límite, por eso no es de extrañar que en algunas ocasiones se centre en los instantes de transición del ciclo del día, como el atardecer, tal y como figura en el poema “El pueblo casi despoblado”, que forma parte del mismo poemario:

La tristeza al atardecer no tiene certeza.

Apaga las brasas del crepúsculo.

Aúllan los perros.

El día muere,

Incluso si ha sido poco glorioso

Como los hechos del curita Muñoz.

[...]

El pueblo casi despoblado.

Pocas son las casas

No untadas por el crepúsculo.

Los caminos de llegada

A punto de borrarse.

La torre resquebrajada de piedra blanca.

El burro que duerme de pie.

Los labios inmóviles de Nieves y Agustín.

El padre bebedor algo granuja.

El réprobo. El asustado feligrés:

Imágenes,

Imágenes, imágenes.

En las pupilas de Botetano

Descarnadas,

Despeñándose,

Tiritando de frío,

Sin poder verter una lágrima.

(Cancino, 2008, pp. 81-82).

El atardecer es el anuncio de la llegada de un silencio mayor, del reino absoluto de la quietud y de la inconmensurable sensación de soledad. Es el anuncio, además, del detenimiento del tiempo donde la vida de los que habitan el escenario desértico-apocalíptico de Cancino parece volver a un grado cero como si se tratara de un nuevo comienzo que los apartara del mundo: “Los caminos de llegada / a punto de borrarse”. Es incluso sobrecogedor lo que se describe en el primer verso acerca de un atardecer que instala en el corazón de los pobladores una tristeza que no tiene punto fijo, que no se sabe dónde comienza ni dónde acaba, de la que no se sabe ni su profundidad ni su alcance; en suma, una tristeza cuya infinitud revela la incalculable deshumanización de los hombres.

Los poemas analizados han tenido como finalidad explorar la simbología del sol, toda vez que este se erige en una de las imágenes con gran potencial en la poética de Segundo Cancino. Dicha exploración nos ha permitido identificar hasta cuatro relaciones: el sol como utopía, la sequía como señal de fin de los tiempos, la precariedad de la naturaleza humana y la relación entre el sol y el sentido del tiempo. Todos estos símbolos se conjugan en una sola visión del poeta acerca de la condición deshumanizada del hombre en medio de un escenario apocalíptico que revela el fin de los tiempos.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

CANCINO, S. (2008). *Cantos de Sileno y Botetano*. Fondo Editorial del Pedagógico San Marcos.

CANCINO, S. (2002). *Alto del Sol*. Ediciones San Marcos.

CANCINO, S. (1977). *Cacerías del viento*. Ediciones Cruz del Sur.

CHAMBILLA, L. (2006). Segundo Cancino Morales. En *El movimiento poético tacneño del '70. Estudio, antología y notas* (pp. 50-55). Cuadernos del Sur Ediciones.

DELGADO, W. (1979). Poesía en vilo. En S. Cancino, *Estrujamundos* (pp. 7-11). Ediciones SADIN.

GÓMEZ, L. (1985). Prólogo. En *Los 13 de Tacna (antología poética 1967-1982)*. (pp.5-7). Instituto Nacional de Cultura.

KUTIPA, W. (2012). Proemio. *Humus. Suplemento especial de LETRASÉRTICA IV, I(1)*, 3-4.